

FRAGMENTOS DE LA CORRESPONDENCIA FREUD FERENCZI DURANTE LOS PERIODOS DE ANALISIS DE FERENCZI EN VIENA

Fer 510, inmediatamente posterior al primer tramo de análisis con Freud. Desde Pápa, del 25 de octubre de 1914, Ferenczi escribe,

Voy a tener que –al menos eso creo- llevar nuestra correspondencia, en parte al menos, sobre una base analítica: la ruptura repentina de nuestra relación médico-enfermo (usted ve, escribo como por asociación libre) me sería, sino, demasiado dolorosa. Además, difícilmente realizable. (...) Pasé la primera tarde libre haciendo autoanálisis por escrito. Anduvo muy bien, me imaginaba que le hablaba. (...) En suma, por el momento, no estoy ni triste ni alegre, más bien aburrido. Sé todo lo que pierdo por la interrupción del análisis, pero la pena que tengo por ello no se vuelve un sentimiento conciente. (...) tendría una tendencia a no escribirle la carta, pero me forcé a hacerlo, porque yo sé toda la gratitud que le debo. A la señora G. (a quien escribí el primer día una carta llena de fervor) no le podría tampoco decir nada, ahora. (...)

Le prometo, entonces, no importunarle más *tanto*, de aquí en más, con mi caso. Llegará, debe llegar, el tiempo en que podré continuar y terminar la cura. Espero que, próximamente, cuando estaré de mejor humor y sentiré enteramente la gratitud que le debo, le podré escribir una carta más agradable. Ahora sé por qué no quería escribirle: era porque no quería molestarlo con mis estados de ánimo personales y fastidiosos. Sin duda esa es también la causa de las múltiples y largas pausas en nuestra correspondencia, de las que yo tengo la responsabilidad, la mayor parte de las veces. Manifiestamente, siempre he querido ser agradable. (...)

Llevo al correo esta carta que me da tanta vergüenza.

La respuesta de Freud del 30 de octubre de 1914 (511 F):

¡Deduzco de la lectura de su carta hasta qué punto es todavía vivaz su sentimiento de culpabilidad infantil! Fue una lástima esa interrupción brutal de la cura, en el momento en que era más interesante y más productiva, pero no hay nada que hacer al respecto. Le doy ahora el pronóstico: el autoanálisis va a fracasar en seguida, y es así porque el autoanálisis y el análisis con un extraño no se pueden sumar. Evidentemente, todo lo que podemos hacer aquí por usted, a fin de que no se hunda en el servicio, es empujarlo hacia los intereses □□□Le hice enviar por Rank unas publicaciones...

A partir de esta respuesta, y por un buen tiempo, se cortan las asociaciones de Ferenczi, y empiezan a prevalecer los síntomas somáticos. En Fer 514, del 10 de noviembre de 1914, se lee:

Frené el autoanálisis en el mismo momento en que usted declaró que era poco probable que yo pudiera continuarlo. Su opinión ha sido para mí – una orden!

525 Fer, del 18 de diciembre de 1914, desde Pápa:

De esas semanas de análisis, el beneficio psíquico mayor que he registrado es el reconocimiento de la violencia de las pulsiones homosexuales en mí. En cuanto a la solución de la relación a la mujer –y es ella la que nos abre, para empezar, la vida real- no la he alcanzado. De tiempo en tiempo el examen rápido de un sueño me aporta la confirmación de su propuesta de solución (...)

Por otra parte, me viene a la mente, en este momento, que la resistencia en relación a la Señora G. (a quien ya hace dos semanas que no he escrito) puede tener relación con el hecho de que Elma viene en estos días a Budapest como joven recién casada, y que eso puede haber despertado en mi todo el asunto, no resuelto en Viena, de mi relación con ella.

Pero, ¿para qué desplegar esos problemas. Posiblemente me volverá a tomar usted un día en tratamiento: hasta entonces hay que ir tirando, mejor o peor.

La carta 540, del 18 de marzo de 1915, de Ferenczi tiene un pasaje interesante para ver como se ubica Ferenczi en relación a los fines del análisis:

Descubrí que toda una serie de mis particularidades, sobre todo la postergación de las tareas hasta último momento, era puro erotismo anal. Manifiestamente formo parte de esa gente que, interiormente, no han aceptado la coacción relativa a la defecación (ritmo y manera de hacer) a la cual debieron someterse de niños, y que no cesan de protestar contra ello en todos los dominios posibles, incluso aquellos alejados del dominio en cuestión.

A principios de enero de 1916, después de haber estado más de un año en Pápa, Ferenczi consigue ser trasladado a Budapest. La mudanza le lleva al tema de la decisión en cuanto a su relación con la señora G.:

588 Fer, del enero de 1916: Con esta mudanza es probable que mi destino personal llegue a un momento crucial. A pesar de la importancia del paso al cual parece que estoy más o menos resuelto, no estuve para nada perturbado por nuestra última charla a propósito de matrimonio. Apenas si me acuerdo cada tanto. Es posible que este asunto ya haya estado resuelto interiormente, y no haya sido una sorpresa.

Y entonces comienza una serie muy intensa de cartas, que pueden fácilmente considerarse como parte del análisis de Ferenczi.

590 Fer, del 17 de enero de 1916:

Los pretextos mezquinos por medio de los cuales postergaba siempre el momento de escribirle, los he finalmente desenmascarado como resistencia; después de haber luchado un poco, me decidí a informarle honestamente –como siempre- de lo que pasa en mí.

Comuniqué a la señora G. mis proyectos de matrimonio, como le escribí. El humor alegre que siguió duró 24 horas. El comienzo del conflicto, inevitable, entre la señora G. y el señor Pálos ya ha acarreado el cambio de humor. En un abrir y cerrar de ojos yo estaba de nuevo en la situación □□ donde me encontraba en el tiempo de la divergencia interior a causa de Elma; mi libido se retiró de la señora

G.; después que la sobreestimación sexual hubo terminado, vi en ella, con una cruel precisión, los cambios perceptibles debidos a la edad. (...)

La señora G., por supuesto, es sensible a estas fluctuaciones –sin decir nada- y ha encontrado, incluso, el medio de aplazar la decisión; a pesar de todo eso, sigue fielmente apegada a mí.

No llegué muy lejos en la resolución de este problema por el análisis; es cierto que, hasta el momento, no he hecho más que dos tentativas.

1) El brusco enfriamiento, a continuación de la noticia del conflicto con el señor Pálos, es la copia de la ruptura repentina con Elma, cuando ella fue invitada por su padre a aplazar el compromiso. Posiblemente la fijación al padre salió victoriosa, en aquel entonces como hoy; no quiero realizar nada contra la voluntad del padre. Si duda esa fijación me hace retirar la libido heterosexual de la mujer, cada vez que se llega a un conflicto entre la hetero y la homosexualidad.

2) Después de una conversación con la señora G. sobre el tema de mi fijación homosexual, tuve un pequeño sueño. Tenía un estuche de cigarrillos muy pesado, de oro, en el bolsillo interior de mi saco. No estaba completamente limpio, más bien sin brillo. Tenía una forma poco habitual, estrangulado en el medio; me parece que durante el sueño me vino el pensamiento (la duda): ¿se pueden meter cigarrillos en este estuche?

Es todo.

(...) el estuche en el bolsillo interior recuerda la conversación que acababa de tener con la señora G., a quien había dicho, entre otras cosas: “hay una mujer escondida en mí, y es solamente detrás de ella que se esconde el hombre verdadero, en tanto que la tendencia aparentemente *dominante* a la poligamia es una formación reactiva contra la homosexualidad”. El estuche, de acuerdo a esta interpretación, sería la mujer en mí. (...)

En este sueño, en suma, la *pasividad*, (regalo, tener un hijo) es el cumplimiento de deseo, en oposición al “servicio activo cumplido durante el matrimonio” (esta es una idea que me vino escribiendo).

Durante una noche de insomnio me vino otra idea: el estuche también debía recibir una interpretación heterosexual y sádica. El estuche es tal vez la mujer que yo quiero tener (inconscientemente), la *impura*, en oposición con la superioridad de la señora G. En la infancia y la adolescencia sólo aquella me era accesible, era la única que podía partir (obertura del estuche) sin sentirme angustiado por mi conciencia. Elma es la representante de esta categoría, he aquí por qué tanta libido (y sin duda tanta potencia) en relación a ella. La señora G., al contrario, es la clara, la pura, que hay que tratar con consideración, como al estuche de oro brillante, que uno no tiene derecho a tocar, como la madre –si uno no quiere ser castrado. Entonces una combinación poco favorable entre la sobreestimación de cierto tipo de mujer y la concepción sádica del coito.

591. *La respuesta de Freud llega al día siguiente, 18 de enero de 1916,*

(...) Lo más importante es considerar que el análisis debe intervenir antes o después de la acción y no debe entorpecerla, sobre todo allí donde, tratándose de autoanálisis, sus probabilidades son reducidas. Actúe entonces con el máximo de rapidez y de decisión posible y deje por el momento el análisis de costado, o bien trátelo como un placer suplementario, sin influencia real.

592 Fer, de 24 de enero de 1916,

Querido Señor Profesor,

Sé bien que “los argumentos abundan como las moras” (se lo escuché decir bastante seguido), no pude sin embargo impedir que unas objeciones racionales me vengan contra su consejo (de no analizar durante la acción). Pensé: mejor durante que después de una acción – tal vez inoportuna. Eso para el “conciente”, que dejé expresarse, sin obedecerlo. En la realidad, simplemente seguí su consejo bienintencionado y presioné a la señora G. para tomar una decisión en un sentido positivo. Ella quisiera esperar el regreso de Elma de América. (...)

La señora G. se dirigirá a usted, en estos días, por carta. Perdone la pena y la preocupación que le son infligidos en tanto que imagen paterna.

(...) admito sin discutir que en tales casos el autoanálisis no tiene esperanzas.

593 Fer, del 3 de febrero de 1916. Esta importantísima carta fue escrita a continuación de otra, extraviada, que Freud escribió a Gizella, en la cual “revocaba” su consejo a Ferenczi:

Querido Señor Profesor,

Descartando las inhibiciones que se cruzan en mi camino bajo la forma de pretextos de lo más variados, quiero rendirle cuentas, en detalle esta vez, de la velada de hoy, durante la cual leí su carta a la señora G.; más exactamente, unas intuiciones que entonces se abrieron paso en mí.

Supongo que dejé intencionalmente a la señora G. escribir esa carta, para que usted retirara el consejo que me había dado, y que yo pudiese a continuación liberarme de esa responsabilidad. Es por otra parte lo que se ha producido, en la medida en que –habiendo ahora abiertamente confesado mis dudas a G. (aprovechando esta ocasión para hacer confesiones concernientes a tiempos pasados), ella ve claro, de ahora en más, y sabe que no es cuestión de un hecho consumado.

Una segunda idea –un poco menos verosímil- me vino ahora, diciéndome que, a pesar de eso, no tenía absolutamente ninguna intención de renunciar a la idea del matrimonio con la señora G. , quería solamente, pensaba, quitarme de encima la coacción que implicaba su consejo. En otros términos, quería saber si deseaba desposar a la señora G. de forma completamente espontánea, incluso sin su consejo. Pensaba también que ese consejo –que había introducido un elemento de duda sobre la espontaneidad de mis sentimientos- me había también inducido a error sobre la parte real de esos sentimientos, y espero que una franca discusión mostrará lo bien fundado de esa parte, la cual hará que ocurra por sí mismo lo que usted me aconseja.

Una tercera reflexión, sin embargo, llama la atención sobre la fuente infantil neurótica de esta “obediencia ciega” Cs y de la revuelta lcs, es decir de esta confianza manifiesta y de la desconfianza latente en relación al padre. (Es posible que estos movimientos afectivos me hayan precisamente provisto la materia de la conferencia de Múnich, que usted no aceptó). (...)

Le dije todo eso a la señora G., y le hice notar, bromeando, que yo podría desposarla también sin amor, por conveniencia, que no sería por ello menos un buen partido.

Lo curioso del asunto, es que esta conversación incrementó positivamente mi amor. Espero que el placer sádico de torturar no sea el único en juego, sino que se trate también de la liberación de auténticos sentimientos amorosos.

Esta conversación tuvo una acción liberadora sobre mí. (...)

Me siento como el hijo desnaturalizado, que no tiene nunca más que malas pasadas para contar. Pero a usted también le debo una franqueza total –porque es la primera condición de la mejoría. Le recuerdo mi manera de actuar neurótica en el Hôtel de France, en Palermo. Allí también, la *angustia* de estar sometido a su poder de seducción en el trabajo científico común, y de no escribir según mi propia convicción, fue responsable de mi rechazo.

Pero basta de autoanálisis. Espero que un período mejor –y sobre todo más productivo- comience ahora. Por favor, envíeme material para trabajar para la Zeitschrift.

594 F, del 4 de febrero de 1916:

Querido amigo:

Continuando con mi plan demoníaco [alusión a la carta a Gizella extraviada], no lo seguiré por el camino de sus declaraciones auto analíticas; en cambio, responderé a su último deseo concerniente a la Zeitschrift. Lo que no quiere decir que no acoja con interés las otras novedades provenientes de su campo de batalla interior.

A lo cual Ferenczi responde en 595(sin fecha):

Lo apruebo totalmente que no quiera mezclarse en mi combate interior, pero creo que tranquilamente puede comunicarme *interpretaciones*. (...)

Mi estado está en perpetua fluctuación, de un punto de vista subjetivo, encuentro eso interesante.

Los síntomas - hasta ahora únicamente somáticos- comienzan a extenderse en el dominio psíquico. Sobre el plano somático: palpitaciones del corazón, taquicardia (siempre a 120 y más incluso de noche), sensaciones de calor, sed, (el doctor Lévy no encontró nada en los órganos internos). Sobre el plano psíquico: fatiga, ineptitud a la mínima perseverancia, impaciencia increíble, torturante, por ejemplo en el teatro, o a la noche, durante la última sesión de análisis, etc. Temblores.

(...) [Un sueño]: Un cochero, vestido de negro, imponente, grosero, que tiene la apariencia de un mujic ruso, con un pequeño sombrero alto de forma, una barba negra y aire resuelto (un látigo en la mano) me dice (más o menos) esto: “De cualquier modo prefiero hacerme analizar por el profesor Freud. El sabe de cualquier modo más, es el primero en su rama”. Eso me pone furioso y le digo: “Pero es de él que aprendí *todo*, se entonces tanto como él”. Le arrojé entonces violentamente una flor (*sic*) a la cara y me despierto angustiado.

El cochero es una figura paternal típica. (...) El pequeño *alto de forma* pertenece al bedel judío que oficia durante los entierros. (Por lo tanto: símbolo de la muerte). A decir verdad, a propósito del alto de forma pienso también a la simbología genital (el pene corto de mi padre, yo me desilusioné, un día –en la escuela de natación- viendo los órganos genitales de mi padre). Entonces la muerte del padre. (...) La flor arrojada furiosamente me recuerda que, a mis tres o cuatro años, arrojé una carabina de madera a la cabeza de mi hermano mayor, de tal modo que tuvo un

chichón en la frente. La flor es 1) un sustituto del golpe furioso, 2) símbolo de amor. Las figuras paternas me impresionan tanto que renuncié a la competencia y me enamoro –como una mujer.

599 Fer, del 28 de febrero de 1916, carta en la que cuenta que decidieron el famoso “tomarse un tiempo” con Gizella. Sólo me detengo en algunas asociaciones a propósito de Señor Pálos, el marido de Gizella, que aparece en el siguiente sueño:

Después de haberme despedido [de Gizella] un sueño de angustia: quiero dirigirme al departamento de la señora G. (con una noticia urgente, que no puede ser postergada para más tarde), si bien temo encontrar a su marido.

Efectivamente veo al señor Pálos en el vestíbulo, está justamente retirando su sombrero del perchero, en ese momento un bastón (¿mi bastón?) tira su sombrero al suelo. Me despierto con mucha angustia. (...)

Addenda: me mantuve escondido, un momento, cuando vi venir al señor Pálos. (...)

Eso me recuerda que yo soportaba difícilmente el rol de tercero a causa del conflicto (con el padre) que se hacía más aparente estos últimos tiempos. ¿Y si era incluso eso la causa última de mi resistencia?

La trifulca con el señor Pálos y su castración (arrojar su sombrero al suelo) representan el *deseo* secreto en mí, transformado en angustia. Si esto es exacto, entonces la separación ha sido la huida neurótica ante el conflicto. (...)

Segunda addenda: en el vestíbulo, estaba impresionado por la torpeza del comportamiento y de la marcha del señor Pálos.

Interpretación: cuando era niño, había descubierto pequeñas debilidades de mi padre (mala pronunciación del húngaro, calvicie, etc.), pero había reprimido mi crítica.

601 F

Que usted tenga miedo del padre, eso parecía deducirse con seguridad de su última carta. (...) Ya sea que uno ame a una mujer o no, uno tiene que poder decidirse incluso con la nariz tapada. (...)

Ferenczi empieza a hablar de su deseo de un nuevo tramo de análisis. Freud responde en 607, del 29 de abril de 1916:

Considero con vivo interés sus proyectos de cura. Las cosas hubieran debido marchar sin eso.

Y en 611

Como es lo que usted quiere –y si su destino lo permite- le reservaré entonces, a partir de mitad de junio, dos sesiones por día. Espero que se lo verá mucho también de otra manera, me gustaría que comiera al menos una vez por día en casa. La técnica exigirá sin embargo que por fuera de las sesiones nada personal sea abordado.

613 Fer es la primera carta después de las tres semanas de análisis en Viena, del 10 de julio de 1916:

Ante todo, creo poder constatar que estas tres semanas han sido las más decisivas de mi vida y para mi vida. Encuentro mi disposición psíquica cambiada en relación a casi todas las cosas y todas las personas. Hoy le dije a Gizella que me había vuelto otro hombre, menos interesante pero más normal. Le confesé también que algo en mí extraña al hombre que fui, un poco inestable pero tan capaz de grandes entusiasmos (y, a decir verdad, muchas veces inútilmente deprimido) (...)

La mejoría de los síntomas pseudo orgánicos persiste. Esta noche, tuve un dormir angustiado de un género del que todavía no le he hablado, acompañado de un sueño. Sin duda una indicación de que me queda todavía trabajo a hacer sobre mí mismo. Si usted lo permite, en lugar de hacer un simple autoanálisis, tengo la intención de intentar analizar los eventos importantes en las cartas que le dirijo: seguramente la transferencia va a "fecundarme". (...)

El sentimiento de reconocimiento que le debo por su ayuda amigable me penetrará cada vez más, así lo espero. Mientras tanto, la ruptura de nuestra relación de paciente a médico fue demasiado repentina para no provocar cierto efecto de shock.

En el plano teórico, es muy interesante aprender por qué el paciente en psicoanálisis no *puede* estar agradecido a su médico. Es cierto que el médico le ha "devuelto la salud", dicho de otra forma le ha enseñado a hacer frente a las exigencias reales de la vida. Pero le ha quitado el *goce* que, en su inconsciente, acompañaba todos sus síntomas, por más desagradables o incluso mortales que hayan sido. A aquel que seguía siendo un niño, por lo tanto un ser humano despreocupado en el fondo, el análisis lo transforma de golpe en otro, que se vuelve verdaderamente conciente de todas sus responsabilidades.

Esta confesión se puede poner en paralelo con la que hice a la señora G. Significa: pedir perdón a las personas de los dos sexos, si por casualidad no las amase tanto en el futuro como las amé hasta ahora. (...)

Muchos saludos profundamente sinceros de su – de cualquier modo muy agradecido Ferenczi.

La única respuesta de Freud a esta carta es una frase en la 614, del 13 de julio de 1916:

No tengo necesidad de decirle todo el interés que encuentro en su carta. Por lo demás, veremos.

Ya el 28 de julio de 1916, en la carta 616, Ferenczi anuncia su decisión de utilizar las dos semanas de permiso que aún le quedan para intentar terminar el análisis. Dice que hay dos síntomas que persisten, imposibilidad de decidirse en la cuestión del casamiento e imposibilidad de trabajar. Freud responde en 618 que el proyecto tiene toda su aprobación.

La 623, del 17 de octubre de 1916 es la primera y muy extensa carta que escribe Ferenczi escribe después de su tercer y último tramo de análisis con Freud. Luego de hablar de un encuentro "más bien frío" con Gizella y de la desaparición de algunos síntomas somáticos, dice:

Noto que por el momento no encontré el tono con usted. Aparentemente el pasaje del niño que se confiesa al amigo que escribe cartas ha sido demasiado rápido. Me permito entonces –al menos durante un tiempo- asociar libremente; y lo que quiero callar va a terminar por salir. [pero ¿quiero callar algo?] –ya tendría que haber terminado con mi análisis, ¿no es cierto? Al menos es lo que usted dice. Yo también noto progresos, pero no soy *completamente* capaz de actuar.] Y continúa: *Gizella puso objeciones a los planes de casamiento, porque primero quisiera asegurarle un hogar a Elma. Eso le hizo insistir más vigorosamente, pero cuando Gizella finalmente acepta nuevo enfriamiento de Sandor.*

Lo que es sorprendente en todo caso, es que encuentro a G. mucho más linda que antes. La mirada cruel y aguda sobre todos sus pliegues y todas sus arrugas que testimonian de su edad dio lugar a un juicio más clemente.

En conjunto creo que puedo definir la situación de la manera siguiente: la libido ciertamente ya se retiró del yo, pero no ha adquirido aún el dominio de los *objetos*. En las sesiones de análisis, noto que emito un juicio mucho, mucho más temperado sobre los casos de mis pacientes. A decir verdad, pierdo también, en parte, por ese hecho, mi interés anterior, casi apasionado, por el trabajo analítico. (...)

18 X, miércoles a la noche, 11 h 30

El humor es muy cambiante. Ayer y hoy, el tema conocido de la infidelidad ha vuelto. Los pretextos: 1) una linda enfermera en mi departamento, 2) una chica de servicio en este mismo lugar (que no pude impedirme de manosear en el momento) y 3) más idealmente la sueca. (...)

La tentativa de ponerme a trabajar choca siempre con resistencias. Las sesiones de análisis, incluso ellas, no tienen para mí el mismo atractivo que antes. Mi interés no está completamente en lo que hago. Pero entonces, ¿dónde está? La experiencia me aportó la solución: después de las sesiones, me encontraba con Gizella y –de golpe, estaba de buen humor.

Ergo: por mi análisis en Viena mi libido se ha vuelto parcialmente disponible. Las tentativas de elegir un nuevo objeto han fracasado (como siempre hasta ahora). En compañía de Gizella, y sólo de ella, estoy de buen humor y siento al mismo tiempo interés por la ciencia, etc. Es a ella a quien debo retener definitivamente. Parece que mi capacidad para trabajar depende de mi casamiento con G. Tomo la resolución de ocuparme seriamente de este asunto mañana. A usted le escribiré sólo si puedo informarle de algo positivo. Tendría vergüenza de todavía no haber adquirido la facultad de decidirme, después de todos esos esfuerzos. Continúa en el próximo número.

19 a la noche (medianoche, antes de irme a acostar)

(...) El escritor Lengyel y otro señor quieren hacer una cura. Recién después de la charla con Gizella, y bajo su influencia, que reconocí que era mi deber enviarle esa gente a usted. Aparentemente no quiero *dar nada*, ni renunciar a nada, quiero “descartar a todo el mundo” sin miramientos; así es como yo también quería largarme con su dinero (los honorarios). Pienso que eso también revela mi intención de hacer prevalecer mi voluntad sin tener en cuenta las autoridades, dicho de otra manera, quitar justamente algo a una autoridad (el padre). Buenas noches.

20 X. Después del mediodía. Entre dos sesiones (un paciente atrasado)

En oposición al narcisismo manifestado hasta el presente, noto, desde mi retorno de Viena, netos sentimientos de inferioridad, sobre todo en lo que concierne a mi talento analítico. (Esos sentimientos tienen ciertamente también una justificación objetiva. Pero es posible que ahora lo exagere neuróticamente, es decir que represente así el hecho de “no realizar nada”).

Freud responde en 625, del 24 de octubre de 1916,

Su larga carta llegó hoy (...) Tengo pocas cosas que agregar. Si dije que la cura había llegado a un fin, no quise decir que había terminado. (...) pero ha llegado a un fin, porque ella no puede ser continuada antes de seis meses como mínimo, de lo contrario se pondría al servicio de la intención neurótica de huir.

E insiste en 629, del 19 de noviembre de 1916,

Ud. sabe que considero su tentativa de análisis como detenida; detenida, no terminada, sino interrumpida por unas circunstancias desfavorables. Si usted todavía hiciera depender su decisión de la continuación del análisis, usted pondría aquella al servicio de postergación, cosa que no tiene razón de ser.

Creo entonces haber recuperado la libertad de decirle lo que hubiera podido escuchar antes si no hubiese venido a analizarse, a saber, que yo no pienso nada bueno de todo este asunto y que tomo sus vacilaciones como prueba de que nada bueno saldrá de esto. Dicho esto, el hecho de que usted reaccione al rechazo de la señora G. volviendo a enfermarse me confirma aún la idea de que esta historia está mal planteada desde hace mucho tiempo y no puede ya arreglarse. Quiero decir que usted no debe esforzarse en probar que lo quiere, a pesar de todo. No le creeré, y la señora G. procede muy sabiamente, a mi modo de ver, cuando concluye de todo lo que antecede que no debe prestarse a ello. Naturalmente no hice el mínimo paso para influenciarla, simplemente preví que ella actuaría así. Vi a Ignotus, a quien prometí un artículo para su revista...

A lo cual Ferenczi responde (630),

Budapest, 18 de noviembre de 1916
6 de la mañana

(Primera reacción a su carta)

Querido Señor Profesor,

Sé que no tengo más derecho a hablarle como a mi médico, que no debo hablar libremente y sin hilo conductor, sino que tendría que ajustar mis palabras a la realidad. Sin embargo, no puedo negarme una sesión, por última vez (¿de verdad es la última vez?).

Hoy me fui a acostar después de medianoche, me desperté a las cuatro, con taquicardia. Sufro de aún más de taquicardia desde la negativa de Gizella.

(Noto algo forzado, falsamente patético en mi manera de escribir. Toda mi tristeza, ¿no hará más que enmascarar *la alegría* de liberarme?) (...)

Naturalmente (con la desconfianza de todos los analizados) pensé que era un truco de su parte darme su punto de vista definitivo sobre mi relación con Gizella.

Ud. quería liberarme de la influencia sugestiva de su opinión precedente (casarme con G.) para que pueda decidir libremente.

No tengo necesidad de decirle que no lo creo seriamente. Es bien sabido que no se estila –yo mismo no lo hago nunca- engañar así a un analizado. (...)

Digo cosas de las que ni abrí la boca en análisis, si bien aparentemente no estaban tan profundamente reprimidas –o al menos no eran inconscientes. No conocía, sin embargo, su alcance. (...)

Parece ser que arreglé así la situación. Voy a mostrar su carta a Gizella. (Al mismo tiempo me da lástima que Gizella, que tiene por usted tal veneración, deba sufrir también una herida proveniente de usted.(...)

19 XI 1916, a la mañana en el hospital

(...) A la noche cené con ella. Durante la comida, violenta taquicardia, apenas tenía fuerza de dar su carta a leer a la señora G. Diez veces tomé impulso antes de hacerlo. Era como si tuviera que comunicarle su sentencia de muerte. A continuación me calmé un poco. Mientras vi en ella manifestaciones de dolor, permanecí casi frío. No fue hasta que ella volvió a encontrar su bondad y que me habló con indulgencia y ternura –aunque fuese tristemente- que me descongelé nuevamente.

Finalmente admitió que había notado el cambio en mí, pero que no quería sacar las consecuencias. Que por su parte ella me amaba, aún ahora como siempre, y que ella no me dejaría; pero yo, ¿la dejaría? Le dije que no, pero interiormente no estaba seguro.

Estaba casi feliz acompañando a Gizella a su casa, y la amaba tiernamente. (...) Sentí entonces que la idea de verla subir a mi cuarto me era menos agradable que el encuentro en el hall del hotel. (...)

Y sigue el extenso relato de las idas y vueltas con la señora G., que nunca se cansa, que nunca lo deja de amar, que sólo se preocupa por la salud y la felicidad de Sandor. De todos modos el movimiento en general parece ir en el sentido de una separación y consiguiente duelo: sentimiento de tristeza, lágrimas que no paran de correr, evocación de la marcha fúnebre. Finalmente hasta logra que esta infinitamente bondadosa señora G. le proponga que satisfaga su sexualidad donde quiera, y que queden sólo amigos. Esto le produce un alivio inmediato.

Me parece muy plausible que mi relación con Gizella se vuelva más normal ahora que estoy liberado de la obligación de amarla. Es posible que me declare satisfecho de lo que encuentro, en abundancia, en ella.

(...) Evidentemente pienso también en la segunda posibilidad: la separación.

Por la forma y el contenido de lo que le comuniqué, usted puede medir el impacto que su carta a tenido sobre mí.

Sinceros saludos y agradecimiento
de su Ferenczi

A toda esta tormenta de sentimientos Freud responde el 26 de noviembre de 1916, carta 631,

No quiero dejar su carta sin respuesta por mucho tiempo. Me parece que usted se sirve ahora del análisis para embrollar sus asuntos, como lo había usado hasta ahora para dilatarlos. Su conducta se resume por estas palabras del poeta

[Goethe]:

Si uno quiere negarse

Es en vano hablar
De todo lo que uno dice
El otro no retiene más que el no
Que la señora G. comparte plenamente mi convicción se deduce de su negativa,
que ciertamente no es neurótica.
Sigue siendo su deber volver a encontrar su salud y su capacidad de trabajo
porque, en estas circunstancias, casi no se puede esperar ningún placer del amor.
No comprendo como la liberación de una “obligación” de casarse con la señora G.
pudo haber actuado sobre usted de manera tan beneficiosa. No se percibe en
efecto ninguna obligación de ese género, de un lado o del otro. Quizá habla usted
de la obligación al coito.

*Ferenczi venía redactando una carta (632) en la que seguía con sus asociaciones
libres, hasta que recibe la carta de Freud,*

Hoy recibí su carta. La reacción inmediata a su afirmación categórica ha sido un
agravamiento de mi estado. Las representaciones hipocondríacas se reforzaron
hasta la angustia (ahora mi Basedow se llama carcinoma tiroideo). Ahí nomás, por
primera vez desde nuestra separación, sobrevino una nostalgia sensual por
Gizella. Admito que hay ahí una rebelión plena de desafío.

Debo reconocer también que no llegué a nada mediante el autoanálisis. Es posible
que haya verdaderamente embrollado la situación. Renuncio entonces al mismo.
Por el mismo motivo quiero liberarme de su influencia sobre mis decisiones –como
me liberé de Gizella por la separación. Por lo tanto le escribiré poco en las
semanas venideras –al menos en lo que concierne a mi estado-, si bien ignoro
como soportaré este desprendimiento de todos los investimentos libidinales. Tal
vez quiero solamente castigarme... pero eso sería ya análisis, entonces termino la
carta.

P.D. Se demasiado bien que aquí se trata de una repetición de la rebelión
bravucona de Palermo – lo sabía ya al escribir la carta, pero no quería disimular
estas ideas, tan características, que me han venido. Incluso después de madura
reflexión, creo que si cedo a las tendencias a la huida de mi lcs, supuestas,
incluso realmente presentes (separación de Gizella), debo también dejar trabajar,
sin perturbarlas, las tendencias hostiles del lcs en relación al padre, que
ciertamente están presentes en mí. Estoy, entonces, como ya lo dije, plenamente
conciente del carácter transferencial de mi reacción a su carta y, a nivel conciente,
le estoy incluso agradecido. Pienso sin embargo que, en las próximas semanas,
debo permanecer tan alejado de toda influencia como sea posible.

*La respuesta de Freud a esta carta es invitar a Ferenczi a avanzar sobre el trabajo
sobre Lamarck, sobre el que mucho habían ya fantaseado.*

635 Fer, del 28 de diciembre de 1916,

(...)Uno de los síntomas de base de mi enfermedad (de hecho de mi carácter) es
una búsqueda exagerada del goce. (...) Espero contentarme con menos ahora,
educarme todavía un poco (yo, el viejecito [43]) – y que abandonaré la absurda
melancolía de otros tiempos (a la cual tiendo aún) (...)

El 23 de enero de 1917 (643) Freud le escribe a la señora G.

Querida señora:

(...) Actualmente recibo pocas noticias de nuestro amigo. (...) Yo mismo he soportado mucho de parte de él. Desde que los conozco y que estoy al corriente de sus relaciones, he deseado ardientemente verlos unidos. No es un hombre que pueda vivir y trabajar sin una relación de pertenencia íntima con otro. ¿Y dónde encontraría una persona más excelente que usted? Si bien yo también tuve la impresión que el mejor momento se había perdido, trabajé para la realización de ese deseo por los medios más variados: directa e indirectamente, en la relación amistosa y por el análisis, prudentemente, para que mis exhortaciones no susciten su oposición, e insistiendo fuertemente para hacer valer mi influencia. Lo empujé a liberarse de usted, para que ponga a prueba su capacidad de crear otra cosa, después lo orienté hacia usted cuando se hizo evidente que no estaba en condiciones de prescindir de usted o de reemplazarla. Realmente intenté todo sin ningún éxito. Finalmente, hizo falta que le diga brutalmente que él no quería nada decisivo y hacía un mal uso del análisis mismo para camuflar su negativa. Ni siquiera es una negativa, él no quiere más que una cosa: no cambiar nada, no hacer nada, esperar pasivamente que algo le venga en ayuda. Y después vino esa afección estúpida, insignificante, pero indiscutiblemente orgánica, la enfermedad de Basedow, que le ha permitido liberarse de las trampas por donde esperaba atraparlo. Que no obtenga de usted y de la vida más de lo que ha obtenido hasta ahora me afecta profundamente. Pero no hay nada que pueda hacer. En estos tiempos perturbados recibo con cordial agradecimiento y una simpatía respetuosa su cálida promesa de usted que no me abandonará.

Su devoto
Freud

El 25 de enero de 1917 (644) Ferenczi afirma:

En cuanto a mis oscilaciones por o contra Gizella, que todavía duran, la enfermedad [un catarro pulmonar, que Ferenczi cree una tuberculosis] les preparará presumiblemente un fin en sentido positivo.

Desde el sanatorio de Semmering, en el que permanece desde principios de febrero por su enfermedad pulmonar, Ferenczi escribe la carta 654, del 24 de marzo de 1917,

(...) le dirigiré un pedido que tal vez lo sorprenderá. Pienso con displacer que – dentro de poco de vuelta en Budapest- volveré a encontrar allá las viejas relaciones (y la vieja relación) y tendré que continuar viviéndolas. La frase, sacada de su teoría de las neurosis: más bien caer en el combate que concertar con la neurosis un compromiso cojo, produjo al fin efecto sobre mí. Me decidí a legitimar mi relación con la señora G. Pero como ella va a responder ciertamente a un propósito tal de mi parte por un aplazamiento, invocando el retorno de Elma y la posibilidad que yo caiga enamorado nuevamente de ella (de Elma), debo regarle (a usted, la única autoridad en este asunto) que le exponga, aunque más no sea brevemente, las motivaciones inconscientes de una tal toma de posición, y que le indique que la prolongación de la situación actual está íntimamente ligada al aspecto psíquico de mi neurosis. Creo realmente que mis intenciones han al fin alcanzado la madurez; el desplazamiento del acento sobre el sufrimiento psíquico

parece haber tenido por consecuencia que haya podido finalmente reconocer y eliminar los fundamentos de mi neurosis, cuya naturaleza psíquica usted siempre afirmó.

Después de tanta errancia, vuelvo así al punto del cual, aparentemente, nunca me aparté interiormente; el hecho de que quiera recibir a la señora G. por su intermedio parece también tener una significación simbólica.

A lo cual Freud responde (655), el 25 de marzo de 1917,
¡Que su voluntad se haga! Escribiré a la señora G. y le pediré que no disimule los motivos de su decisión bajo las consideraciones hacia Elma, pero no le puedo garantizar el resultado.

Y entonces, el 25 de marzo de 1917 (656) le escribe a la señora G.,
Sabía que un día la situación me obligaría a seguir nuestra correspondencia. Lo que vuelve mi tarea más fácil es la certidumbre que usted está tan convencida de mi sinceridad y de mi solicitud como yo lo estoy de la suya.
Nuestro amigo me escribe que terminó con su incertidumbre neurótica habitual, que tiene sin equívoco una necesidad de establecer una unión permanente en reemplazo de sus relaciones precedentes, difíciles e insatisfactorias; y le ruega, por mi intermedio, que le dé su consentimiento, y de renunciar a los miramientos en relación a su hija, que no puede jugar más ningún rol entre ustedes. Me encargué de esta misión de confianza porque tampoco veo otra solución, ni mejor, para ustedes dos. No sería natural que usted se sacrifique a su hija, la cual no podría sacar la mínima ventaja de ese sacrificio. La postergación ha destruido ya más de lo que podrá ser reparado. Lo que aparece ahora no es probablemente diferente de lo que uno ha podido siempre ver en él. Pero en tanto él se sentía joven y saludable, continuaba jugando con sus fantasías, no quiso renunciar a ninguna posibilidad de placer y quiso gozar de todas las alternativas. Su estado, que exige de cualquier modo ciertos cuidados y unos miramientos duraderos, pudo indicarle que había llegado el momento de darle su lugar a la única cosa que cuenta. (...)

A MODO DE EPÍLOGO

En la carta 814 F, del 23 de mayo de 1919, hay dos párrafos que pueden considerarse una suerte de epílogo, ciertamente no definitivo, como veremos, al análisis con Freud. Como ya estamos habituados, plena de ambivalencia,
Hace poco, en ocasión de mi mudanza a mi actual hogar, me vi llevado a volver a examinar el gran paquete de cartas detalladas, amigables y pacientes que usted me dirigió en el curso de los diez últimos años. Toda la historia reciente de los últimos desarrollos de psicoanálisis se encuentra allí consignada. Al mismo tiempo son unos documentos que muestran con qué amistad, qué solicitud, benevolencia y –sí, puedo decirlo: amor- usted siguió, guió, protegió *mí* desarrollo, que no fue fácil.

En esa ocasión comprendí, como en una iluminación que, desde el momento en que usted me desaconsejó [casarme con] Elma, di pruebas de una resistencia que incluso la tentativa de cura □□□no pudo remontar, resistencia que era

responsable de todas mis susceptibilidades. Con un rencor inconsciente en el corazón, seguí sin embargo como “hijo” fiel todos sus consejos. Dejé a Elma, me dirigí nuevamente hacia mi mujer actual, junto a la cual he perseverado, a pesar de innumerables tentaciones repetidas. El casamiento –concluido en circunstancias tan extraordinariamente trágicas- en principio no trajo la estabilización interior esperada. Pero la resistencia parece agotarse poco a poco –y una carta como esta puede mostrarle mi voluntad de retomar con usted –de hecho de comenzar, tal vez- la relación franca y libre de toda susceptibilidad mezquina. Parece que no soy capaz de estar contento de vivir y de trabajar, más que cuando puedo estar y permanecer en buenos, incluso en los mejores términos con usted. La convicción de que encontré en la señora G. lo mejor para mí, teniendo en cuenta mi constitución, es el primer fruto de mi reconciliación interior con usted.

Le ruego, no pierda la paciencia conmigo en el futuro. Espero darle menos seguido la ocasión que en el pasado.

Carta a Georg Groddeck, del 22 de febrero de 1922

(...) La visita a Viena, donde dicté dos conferencias para unos americanos y unos ingleses, estuvo aún perturbada por malestares, pero inmediatamente después mi humor así como mi estado físico mostraron una mejoría notable. No le puedo dar una explicación exacta. El profesor Freud se tomó una o dos horas para ocuparse de mis estados; él se atiene a su opinión precedentemente expresada, a saber, que en mí el elemento principal sería el odio en relación a él, él que (como en otro tiempo el padre) impidió mi matrimonio con la novia más joven (actualmente nuera). Y por ello mis intenciones asesinas en relación a él, que se expresan por escenas nocturnas de fallecimiento (enfriamiento, estertores). Esos síntomas estarían sobredeterminados por reminiscencias de observación del coito parental. Debo confesar que me hizo bien poder, por una vez, hablar de esos movimientos de odio frente al padre bien amado.